

RONALD SEGAL, *The Race War*. Bantam Books, Nueva York, 1967. 437 pp.

La historia que se enseña en la Europa occidental y en los Estados Unidos no ha hecho hincapié en las relaciones entre los pueblos de origen europeo y los demás pueblos del mundo. Cuando toca estos temas lo hace un tanto de paso. Cuando se habla de la esclavitud generalmente se limita a mencionar brevemente sus horrores, a recordarnos las duras normas a que estaban sujetas las sociedades de la época, y a hacer resaltar el papel que desempeñó la ilustración —según esto decisivo— en su eliminación. El ideal al que aspiran los textos occidentales es uno en el que la institución de la esclavitud aparecería por vez primera bajo el encabezado de “la abolición de la esclavitud”.

El libro de Segal se refiere a esos aspectos de la historia que la conciencia de Occidente prefiere ignorar pero que figuran de manera creciente en la de otros pueblos. Hace la historia de las relaciones de los europeos con los pueblos de África, América y China, y con la población que no es de raza blanca de los Estados Unidos, Gran Bretaña y la Unión Soviética. Finaliza con un capítulo sobre la situación económica de los pueblos de color.

Las publicaciones especializadas sobre los distintos aspectos de este vasto tema han aumentado rápidamente en los últimos años. El libro de Segal, que unifica y pone en perspectiva los principales resultados de estos estudios particulares, cumple una función importante al hacerlos accesibles a un público mayor.

La gran capacidad de Segal para ver la historia y la situación internacional desde el punto de vista de lo que se ha dado en llamar Tercer Mundo le permite presentar una visión que causará desconcierto a las clases medias de Europa y Estados Unidos.

Se encuentran también algunos defectos, inevitables en una obra tan ambiciosa en cuanto al tiempo y espacio que cubre. De mayor importancia que las incorrecciones ocasionales, es la tendencia a dramatizar, que se advierte en su tratamiento de la situación contemporánea, y que le resta objetividad.

Su visión de la unión de los pueblos no blancos para luchar en contra de la raza blanca parece infundada, puesto que refleja inconscientemente el viejo supuesto según el cual la única diferencia racial importante es la que existe entre los blancos y las razas de color. Las matanzas de chinos en Indonesia y de miembros de tribus minoritarias en Ruanda entre otras constituyen prueba en contra de tal supuesto.

Segal parece aceptar, sin crítica, la tesis de Lin Piao según la cual los países occidentales constituyen “las ciudades” en términos de la ideología de la Revolución china, y están por lo tanto condenados a ser conquistados “por el campo” es decir, por las masas campesinas del Tercer Mundo. La analogía se ve seriamente limitada por el hecho de que “las ciudades” exportan enormes cantidades de trigo al campo (China y la India). Si bien errores como los citados no quitan mérito a la parte histórica de la obra, sí disminuyen su valor como análisis de los problemas contemporáneos. Esto es una lástima porque el principal ar-

gumento de Segal con respecto a la imprudencia de la política imperial anticomunista de los Estados Unidos es válido y puede sostenerse sin exageraciones.

Cuanto más intervengan los Estados Unidos en los asuntos internos de los países subdesarrollados (y no blancos) más aumentarán el resentimiento y la xenofobia de éstos. Con Johnson, la política norteamericana frecuentemente ha combinado un máximo de intervención con un mínimo de interés por el bienestar de las naciones en las que intervienen. Es necesario que el mensaje de Segal llegue a la opinión pública norteamericana.

ARIEL BUIRA,  
*El Colegio de México*